

Darwin y el sentido de la belleza

Federico López Silvestre

Universidad de Santiago de Compostela

Departamento de Historia del Arte

federico.lopez.silvestre@usc.es

Resumen

En *El origen de las especies* (1859) y en *El origen del hombre* (1871) se manejan algunas ideas que ponen de manifiesto lo que Darwin pensó sobre el «gusto» o el «sentido de la belleza». Contra lo que podría esperarse, de sus reflexiones se desprende que ni el uno ni el otro son «innatos» o «inalterables». Más aún, Darwin sugiere que el gusto nuevo de una generación puede convertirse con el paso del tiempo en causa de «especiación». Este planteamiento casi lamarckista se aplica tanto a animales como a seres humanos y pone en entredicho muchas de las afirmaciones de los defensores de la actual «Estética Evolucionista».

Palabras clave: Darwin, sentido de la belleza, standard de la belleza, instinto del arte, teoría contemporánea del arte.

Abstract. *Darwin and the sense of beauty*

In *The Origin of Species* (1859) and *The Descent of Man* (1871) there are some ideas that show what Darwin thought about «Taste» and «Sense of beauty». Contrary to what could be expected, from his reflections we can infer that neither the one nor the other are «innate» or «unchanging». Moreover, Darwin suggests that the new taste showed by a generation can result in «speciation». This Lamarckian approach is applied to both animals and humans, and it calls into question many of the claims made by the followers of the «Evolutionary Aesthetics».

Key words: Darwin, sense of beauty, standard of beauty, art instinct, contemporary theory of art.

¿Se interesó Darwin por las cuestiones estéticas? Y, de ser así, ¿qué posición adoptó? Uno de los debates más interesantes del momento, el que está teniendo lugar entre los especialistas anglosajones en estética a raíz de la publicación del libro de Denis Dutton titulado *The Art Instinct. Beauty, Pleasure and Human Evolution* (London, Bloomsbury Press, 2008), gira en torno al problema del «instinto artístico». Como Dutton, en la actualidad muchos seguidores de la llamada «Estética o Psicología Evolucionista» tienden a establecer —apoyándose,

según dicen, en Darwin— la existencia, no ya de un instinto, sino de una serie cada vez más definida y fija de patrones de gusto y conducta supuestamente universales vinculados con el mismo. Gracias a esas hipótesis, se realizan extrañas afirmaciones como que, de acuerdo con el «instinto artístico», la obra de Marcel Duchamp o James Joyce resulta harto cuestionable. En el presente texto no intento definir qué es el «instinto artístico». De hecho, me conformo con mostrar lo que, según el propio Darwin, no es.

En el segundo tercio del siglo XIX la expresión «instinto artístico» ya se había convertido en una moda en la prensa especializada en arte. Los numerosos artículos de la revista parisina *L'Artiste* (nacida en 1831) sobre viajes, comentarios de exposiciones y libros, insistían en que la presencia o carencia de «instinto» servía para distinguir los buenos de los malos músicos, pintores o poetas. A esto había ayudado la crítica y la filosofía alemanas, pero sobre todo Diderot, Nerval y la nueva crítica de arte francesa. Aunque vulgarizada gracias a sus artículos, la noción en ese contexto perdía la fuerza y la precisión que trataba de darle la ciencia. De hecho, entre los artistas el término se usaba para definir la condición del genio artístico, sin especificar demasiado bien en qué consistía tal cosa.

Al contrario, entre los médicos y los naturalistas la idea de «instinto» ya estaba muy desarrollada. Por ejemplo, en esos mismos años el gran *Dictionnaire des sciences médicales* publicado en París entre 1812 y 1822 incluía un extensísimo artículo sobre el «Instinct» en el que, además de definir la noción con sumo cuidado, se subrayaba con razón el poco interés que había demostrado la filosofía hacia una cuestión que afectaba a animales y seres humanos.¹ Quizás a causa de sus contactos con ese mundo de naturalistas y científicos, ya Diderot y Schopenhauer pudieron aplicar el concepto de «instinto» al ámbito de la reflexión estética sin caer en la superficialidad propia de la prensa artística.

Charles Darwin publicó *El origen de las especies* en noviembre de 1859, un mes después de que Schopenhauer editase por tercera y última vez *El mundo como voluntad y representación*.² Que el inglés se acercó a los textos del filósofo se pone en evidencia en un comentario de la segunda edición de *El origen del hombre* (esta data de 1874) y en algunas cartas posteriores.³ Aunque, según sus palabras, no lo leyó hasta la década de los setenta, lo cierto es que, en el *Diario de viaje* (1839), en *El origen de las especies* (1859) y en la primera edición de *El origen del hombre* (1871), se asumen ideas que se encuentran previamente

1. VIREY, J. J. (1818). «Instinct» en *Dictionnaire des sciences médicales*, dir. por MM. Adelon, Alard, Alibert, [et al.]. Paris: C. L. F. Panckoucke, v. 25 (INF-IOD), p. 367-413.
2. YOUNG, Julian (2005). «Schopenhauer and Darwin», en *Schopenhauer*. London: Routledge, p. 85-87.
3. DARWIN, Charles. *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, trad. Julián Aguirre y estudio de Faustino Córdón. Madrid: Edaf, 2001 (1ª ed. London, John Murray, 1871, 2 vols.). Concretamente remite a la mentada «Metafísica del amor sexual» de Schopenhauer en la p. 491. Entre las cartas, véanse: DARWIN, Charles: Letter 11019 (Darwin, C. R. to Busch, Otto, 26 June 1877. Letter 12272) Asher, G. M. to Darwin, C. R., 26 Oct 1879. Véase, <http://www.darwinproject.ac.uk/>

en la obra del alemán: en concreto, me refiero tanto a la teoría de la evolución como al hecho de afirmar que en el impulso artístico de los animales actúa junto al instinto la acción «inteligente» adaptada al contexto.⁴ Por otro lado, sin ser filósofo, el inglés aventaja al alemán en algo: su pensamiento se desprende de los prejuicios intelectualistas y ascéticos que atenazaron al de Danzig aceptando definitivamente la presencia de lo corporal e impulsivo en el arte y el sentido de la belleza humanos. ¿Cómo pudo dar semejante salto?

James Paradis firmó hace unos años un interesante artículo sobre la influencia del idealismo romántico y de Coleridge en la concepción estética del paisaje de Darwin. También Martin Kemp ha subrayado la relación del naturalista con el pensamiento romántico de la época.⁵ Sin duda, sus aportaciones al ámbito de nuestro interés —el hecho de que use expresiones como «sentido de la belleza» o «instinto artístico»— tienen que ver con ese contexto. Conviene en todo caso subrayar que lo nuevo de las mismas procede, no tanto de cómo se apoyó en la corriente estética del momento, como del modo en que, siguiendo la corriente empirista anterior que inspiró a su abuelo, se desembarazó de los anatemas del racionalismo y del idealismo.⁶

Lector de Buffon, Locke, Berkeley, Hogarth, Hume y Burke, Erasmus Darwin (1731-1802), en su *Zoonomia* (1794-1796), incluía un capítulo titulado «Of Instinct» en el que no sólo mostraba la presencia de los instintos en los seres humanos sino que, a partir del sentido de la vista, establecía un *sense of beauty* que derivaba directamente de nuestra atracción por el sexo opuesto. Ese *sentimental love* humano era la belleza en estado puro que se podía encontrar expresada de distintos modos en las artes figurativas, la poesía y la música. Mientras, la belleza de la arquitectura sólo era bella en un sentido metafórico.⁷

4. Por otro lado, la coincidencia no tiene nada de especial, pues ambos citan a François Huber (1750-1831) y a Pierre Huber (1777-1840), conocidos entomólogos suizos autores de varios estudios sobre las abejas y las hormigas, que opinaban que un poco de juicio o razón entra muchas veces en juego en las acciones que desarrollan incluso los animales inferiores. Darwin cita al segundo en «Instinto» en *El origen de las especies por medio de la selección natural*, trad. Antonio de Zulueta y estudios de Francisco J. Ayala y Diego Núñez. Madrid: Alianza, 2009, p. 277 (1ª ed. London, John Murray, 1859; aunque aquí se sigue la 6ª de 1872), y Schopenhauer al primero en «Del instinto y el impulso artístico», en *El mundo como voluntad y representación*, trad. Roberto R. Aramayo. México: FCE, 2003, tomo II, p. 337.
5. PARADIS, James (1981). «Darwin and Landscape», *Annals of the New York Academy of Sciences*, vol. 360, Issue Victorian Science and Victorian Values: Literary Perspectives, p. 85-110. KEMP, Martin (2006). «The Darwinian Paradigm. From Romanticism to “Natural Selection”», *Seen / Unseen. Art, Science, and Intuition from Leonardo to the Hubble Telescop*. Oxford: Oxford University Press, p. 144 y s.
6. Sobre la influencia de Erasmus Darwin sobre su nieto véase HARRISON, James (1971). «Erasmus Darwin's View of Evolution», *Journal of the History of Ideas*, 32, p. 247-264.
7. DARWIN, Erasmus ([1794-1796] 1800). «Of Instinct», en *Zoonomia, or The Laws of Organic Life*. Dublin: B. Dugdale, 2ª edición, v. 1, p. 145-220. Al respecto, LOGAN, James V. (1936). *The Poetry and Aesthetics of Erasmus Darwin*. Princeton: Princeton University Press (reeditado después por Octagon Books, 1972).

Sin duda, el joven Darwin admiró a Coleridge; pero Coleridge a su vez admiró al abuelo de este.⁸ Al igual que él, que Hume o que Burke, Charles Darwin dejará de distinguir entre el placer corporal y el gusto elevado con la contundencia que todavía encontramos en Kant, en la escuela idealista e incluso en Schopenhauer —incapaz, a pesar de su teoría de la voluntad, de dejar de entender el arte y lo genuinamente estético como productos ideales humanos—. En otras palabras, si pudo dar el paso que dio fue, en primer lugar, porque Hume definió el «sentido de la belleza» como producto de la pasión,⁹ y, a continuación, porque su abuelo Erasmus casi completó la ecuación al identificar ese sentido de la belleza con algo tan instintivo como la pasión por el sexo opuesto, y al plantear que todos los seres vivos son diferentes pasos dentro de una misma cadena evolutiva.¹⁰

¡Qué profundo y refrescante significado adquiere el verso *The beaux and beauties in each blossom glow* cuando se lee a la luz de estos descubrimientos!¹¹ ¡Y qué bella y extraña imagen conforma en compañía de las ilustraciones de Fuseli!¹² En estas condiciones, no resulta raro que hasta Coleridge acabase admirando a Erasmus Darwin. El joven Darwin tardará en asumir por completo la teoría del sentido de la belleza como pasión por el sexo opuesto que ya se vislumbra en su abuelo. Por ejemplo, las plumas del pavo real le desconcertaron durante años porque a su juicio sus llamativos colores atraían la atención de los depredadores desafiando la teoría de la selección natural. Así lo seguía confesando en una carta a Asa Gray enviada el 3 de abril de 1860, donde llegaba a admitir que «¡la pluma de la cola del pavo real me pone enfermo!». ¹³

La verdad es que, hasta poco antes, la teoría de la evolución de Charles Darwin resultaba un poco reduccionista. Si las plumas del *peacock* lo ponían enfermo era porque en manos de sus críticos se convertían en pruebas que refutaban sus tesis. Piénsese que, si todo se redujese a las leyes de la selección natural en un mundo hostil y agresivo, los predadores habrían acabado hace tiempo con el pavo real, pues ese pájaro torpe y bello que tiene la estúpida costumbre de andar a ras de tierra haciendo gala de su posición con las plumas

8. LEVERE, Trevor H. (2002). «Thomas Beddoes and Erasmus Darwin», en *Poetry Realized in Nature. Samuel Taylor Coleridge and Early Nineteenth-Century Science*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 10-14.
9. HUME, David ([1734-1737] 1977). *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Editorial Nacional, v. 2, p. 473-474, 553-554, 822.
10. DARWIN, Erasmus ([1794-1796] 1800). «Of Generation», en *Zoonomia, op. cit.*, v. 1, p. 542-605.
11. DARWIN, Erasmus (1803). «Reproduction of Life», en *The Temple of Nature, or The Origin of Society*, publicado después en *The Poetical Works*, London: J. Johnson, 1806, v. 3, especialmente, p. 58-62. Previamente, en el poema *The Loves of the Plants* (1789) publicado después varias veces como *The Botanic Garden*, London: J. Johnson, 1799, p. 8-9, había anunciado ya su fe en una teoría del progreso y la evolución de las especies: pero, no tanto a peor, como planteaban Buffon o Diderot, como a mejor.
12. Incluidas, por ejemplo, en la edición póstuma de sus trabajos poéticos de 1806 a causa de la relación que el dibujante mantuvo con el científico.
13. Véase su epistolario en <http://www.darwinproject.ac.uk/>

desplegadas es presa fácil para cualquiera. Darwin se daba cuenta de que no todo en la evolución se debía a la lucha con el medio y entre especies. Por eso en la primera edición de *El origen de las especies* (1859) introducirá un capítulo pequeño pero fundamental titulado la «Selección sexual».

A diferencia de la teoría que había desarrollado hasta entonces, ese tipo de selección ya no dependía «de la lucha por la existencia en relación con seres orgánicos o con condiciones externas, sino de una lucha entre los individuos de un sexo —generalmente, los machos— por la posesión del otro sexo».¹⁴ Lo interesante, para nosotros, es que en la misma se vislumbraba una relación entre los «estándares de belleza» y la evolución:

El tordo rupestre de Guayana, las aves del paraíso y algunas otras se reúnen, y los machos, sucesivamente, despliegan con el más minucioso cuidado y exhiben de la mejor manera su esplendoroso plumaje; además, ejecutan extraños movimientos ante las hembras que, asistiendo como espectadores, escogen al fin el compañero más atractivo. Los que han prestado mucha atención a las aves cautivas saben perfectamente que éstas con frecuencia tienen preferencias y aversiones individuales; así, sir R. Heron ha descrito cómo un pavo real manchado era sumamente atractivo para todas sus pavas. No puedo entrar aquí en los detalles necesarios; pero si el hombre puede en corto tiempo dar hermosura y porte elegante a sus gallinas *bantam* conforme a su modelo o tipo de belleza, no se ve ninguna razón legítima para dudar de que las aves hembras, eligiendo durante miles de generaciones los machos más hermosos y melodiosos según sus tipos de belleza, puedan producir un efecto señalado. Algunas leyes muy conocidas respecto al plumaje de las aves machos y hembras en comparación del plumaje de los polluelos pueden explicarse, en parte, mediante la acción de la selección sexual sobre variaciones que se presentan en diferentes edades y se transmiten sólo a los machos, o a los dos sexos, en las edades correspondientes.¹⁵

Sin duda, en el caso de los animales el desarrollo de ciertos alardes estéticos tenía que ver con la selección sexual. Que, como había defendido su abuelo, el arte y el sentido de la belleza humanos tenían también mucho que ver con la pasión y el sexo, es algo que acabará planteando en *El origen del hombre* (1871). La diferencia con Erasmus residirá en que, como Schopenhauer,¹⁶ el más joven de los Darwin aportará argumentos contra los defensores de la teología natural y en que, para defenderse, manejará muchos más datos y ejemplos que todos sus predecesores. La diferencia con Schopenhauer, en que se preocupará de demostrar el vínculo entre el sentido animal y humano de la belleza y el arte.

Hablando de la fantasía como fuente de la poesía, remitirá a estudios que trataban de probar que al menos el perro, el gato y el caballo sueñan intensa-

14. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 130.

15. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 131-132.

16. SCHOPENHAUER, Arthur ([1859] 2003). «A propósito de la teleología», en *El mundo como voluntad y representación*, op. cit., tomo II, cap. 26.

mente —como se pone de manifiesto en los movimientos y sonidos que exhalan mientras reposan—, y que se debía reconocer en ellos cierto grado de imaginación.¹⁷ Pensando en el lenguaje humano que hace posible el canto y la poesía se retrotraerá a la música de las aves. En su variedad y especificidad, sus sonidos expresan la analogía más cercana al lenguaje humano: todos los miembros de cada especie emiten sonidos semejantes. El sonido primario lo emiten instintivamente, pero «el canto, tal como es, y hasta los cantos de reclamo, los aprenden de sus padres». Hasta tal punto es así que los polluelos amaestrados del Tirol que aprenden al nacer el canto de una especie distinta, transmiten su nuevo canto a las futuras nidadas.¹⁸ Comparando las emociones, los gestos y las expresiones de personas y animales, escribirá un libro entero acompañado por uno de los aparatos iconográficos más influyentes del siglo XIX.¹⁹ Por fin, hablando del «sentido de la belleza» [*sense of beauty*], expondrá ideas tan importantes que sólo cabe transcribirlas fielmente:

Se ha otorgado al hombre este sentido atribuyéndoselo como peculiar suyo. He de tratar aquí únicamente del placer que proporcionan ciertos colores, formas y sonidos, los cuales bien pueden calificarse como el sentido de lo bello. En el hombre culto, tales sensaciones aparecen estrechamente asociadas a ideas y coordinaciones complejas de pensamiento. Cuando contemplamos el espectáculo que ofrece el macho en algunas aves al desplegar aparatosamente su gracioso plumaje y sus brillantes colores ante la hembra, en tanto que las especies desprovistas de semejantes atractivos no se preocupan de producir tal sensación, no podemos dudar que la hembra así cortejada admira aquella hermosura. Y es indiscutible la belleza de esos plumajes porque hasta la misma mujer se adorna con ellos. Como veremos después, el nido de colibrí o pájaro-mosca y del guainambí y los lugares de expansión del tilonorrinco australiano y de otras aves de enramada, se hallan adornados con delicado gusto con conchas, plumas, piedrecitas y objetos de colores brillantes, demostrando esto que tales pajarillos experimentan algo así como placer ante la vista de los indicados objetos. Pero, en la gran mayoría de los animales, el gusto por lo bello queda reducido, según las observaciones nos han dado a conocer, a las atracciones que ofrece el sexo opuesto: los dulces trinos que no cesa de lanzar el macho de las aves cantoras durante la época del celo causan realmente admiración en la hembra. En efecto, si esas hembras fueran incapaces de apreciar los hermosos colores, los adornos y el canto de sus compañeros, de nada valdrían todo el trabajo y toda el ansia a que estos se entregan para adueñarse de ellas, lo cual es cosa imposible de aceptarse. No podemos explicar por qué excitan placer determinados colores brillantes más allá de lo que puede explicarse el motivo de que resulten agradables ciertos gustos al paladar y ciertos olores al olfato; pero algo influye en ello la costumbre, porque muchas veces desagradan al principio a nuestros sentidos sensaciones que al fin llegan a complacernos, y las costumbres se heredan. Con respecto a los sonidos, Helmholtz ha explicado hasta cierto punto, basado

17. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 79-80.

18. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 91.

19. DARWIN, Ch. ([1872] 1984). *La expresión de las emociones en el hombre y en los animales*. Madrid: Alianza.

en principios fisiológicos, por qué son placenteras las armonías y las cadencias. Pero, aparte de esto, producen efecto verdaderamente desagradable esos sonidos que con frecuencia se dan a intervalos irregulares, como reconocerá, por ejemplo, toda persona que haya oído de noche a bordo de un buque el crujido de las jarcias y del cordaje. Idéntico principio parece que puede aplicarse al sentido de la vista, porque el ojo prefiere la simetría o las figuras que se le presentan con regularidad. Hasta los salvajes más ínfimos se valen de ornamentación simétrica, y en esa forma se han desarrollado a través de la selección sexual los adornos del macho en algunos animales. Y aunque nos sea dable o nos esté negado explicar la razón del placer que de ese modo se deriva para la vista y para el oído, el hecho positivo es que al hombre y a muchos de los animales inferiores les complacen de igual modo los mismos colores y matices, las mismas formas y los mismos sonidos. El gusto de lo bello, por lo menos en lo que concierne a la belleza femenina, no es de naturaleza especial en la mente humana: difiere ampliamente en las diferentes razas y ni siquiera es análogo entre las distintas naciones de una misma raza. A juzgar por los adornos horribles y la música del mismo modo horrenda que producen encanto en la mayoría de los salvajes, pudiera decirse que su facultad estética no llega al alto desarrollo que alcanza en varios animales, en las aves por ejemplo. Evidentemente, el animal no está dotado de aptitud para admirar la grandiosidad del firmamento en las noches estrelladas, o la hermosura de un paisaje, o la música sublime; pero tampoco gozan de ello los salvajes ni las personas incultas, porque tales cosas constituyen gustos exquisitos que se adquieren por medio de la cultura y dependen de asociaciones complejas.²⁰

En una frase concluyente afirmaré: «Con todos estos ejemplos creemos queda probado que la tendencia instintiva a adquirir un arte [*instinctive tendency to acquire an art*] no es sólo peculiar del hombre». Anteriormente ya le había dado la vuelta al mismo razonamiento planteando, no sólo que había un arte y un sentido de la belleza animal, sino que muchos de los sentimientos humanos eran ecos o recuerdos de emociones más primitivas. En el *Diario* de su viaje por el mundo recordaba que la contemplación del paisaje salvaje de Sudamérica le había provocado unas emociones que, al haber sentido como «reliquia de una pasión instintiva» [*relic of an instinctive passion*], pudo identificar con los placeres orgánicos del salvaje volviendo a su hábitat natural.²² Si estas mismas palabras hubiesen sido pronunciadas por cualquier otro escritor del siglo XIX, no veríamos en ellas más que un giro retórico o la expresión inocente de una simple opinión. Tratándose de Darwin, la cosa cambia. Será también en *El origen del hombre* (1871) cuando siente las bases de lo que se ha dado en llamar «Estética Evolutiva», planteando que el sentido humano de la belleza es una herencia de los animales.

20. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 96-98.

21. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 91.

22. DARWIN, Ch. ([1839] 1845). *Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. Beagle round the world [...]*, London: John Murray, 2ª edición, p. 505. En castellano puede consultarse: (2008). *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, trad. Juan Mateos de Diego. Madrid: Espasa-Calpe.

A partir de la formulación de esta sencilla idea, la estética no pudo volver a ser la misma. Los hubo en contra y los hubo a favor, pero nadie se pudo quedar al margen. La polémica estaba servida, no ya entre teólogos y científicos o entre los filósofos materialistas e idealistas, sino entre los que asumieron que la teoría de la evolución de Darwin implicaba cosas sobre el arte y la belleza que no se podían obviar. Consciente de la complejidad del problema, el científico formuló ideas en apariencia contradictorias pero necesarias que estimularon el debate.

Por un lado y como se ha visto, el sentido de la belleza y el impulso artístico humanos tenían antepasados en las conductas animales. Además, cada especie demostraba determinado interés por ciertas formas o colores. Esto parecía obligar al científico a plantear que también en el caso de los seres humanos resultaba «posible que con el paso del tiempo ciertos gustos fuesen heredados [*inherited*]». ²³ Sin embargo, por otro, el propio Darwin era perfectamente consciente de los límites de esa afirmación. En primer lugar, el sentido de lo bello de animales u hombres era distinto:

El animal no está dotado de aptitud para admirar la grandiosidad del firmamento en las noches estrelladas, o la hermosura de un paisaje [...], porque tales cosas constituyen gustos exquisitos que se adquieren por medio de la cultura y dependen de asociaciones complejas. ²⁴

En segundo, la educación y la fuerza de la costumbre podían conseguir que las tendencias y los gustos variasen. ¿Cómo negar la evolución de algo tan evanescente como el instinto, la costumbre o la apreciación estética, si previamente se ha formulado la teoría de la evolución de algo tan físico y duro como un esternón? Dicho de otro modo, si precisando millones de años para hacerse realidad esta última acaba teniendo lugar, ¿cómo no iba a ser posible la evolución de algo tan epidérmico o insustancial como el gusto artístico o el sentido de lo bello? Aunque la «Estética Evolucionista» contemporánea parece haberse olvidado de ello, Darwin siempre fue consciente de esta posibilidad. Por eso, en el capítulo que en *El origen de las especies* dedicó al problema del «Instinto» postuló, por un lado, la historicidad o mutabilidad de los instintos debida a los cambios en el medio: «cambiando las condiciones de vida, la selección natural acumula hasta cualquier grado ligeras modificaciones de instinto que son de algún modo útiles». ²⁵ Por otro, que —dada la historicidad de esos instintos—, junto a sus variaciones espontáneas debidas a las azarosas o desconocidas leyes de la selección natural, podía demostrarse que a veces dichas mutaciones se deben a cambios de costumbres:

«En muchos casos [de modificaciones de instintos] es probable que la costumbre, el uso y desuso hayan entrado en juego». De hecho, «si suponemos

23. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 490.

24. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 97.

25. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 307.

que una acción habitual se vuelve hereditaria —y puede demostrarse que esto ocurre algunas veces—, en este caso la semejanza entre lo que primitivamente fue una costumbre y un instinto se hace tan grande que no se distinguen».²⁶

Y, finalmente, que esa «diversidad de instintos en la misma especie» se podía constatar mediante la observación empírica de las «gradaciones transitorias» en la conducta de las especies que nos rodean. Especies en las que, como ocurre con las razas de perros, encontramos

ejemplos curiosos y auténticos de diferentes matices en la disposición y gustos, y también en las más extrañas estratagemas, relacionadas con ciertas disposiciones mentales.²⁷

¿«Diferentes matices en la disposición y gustos» dentro de una misma especie? Parece obvio que Darwin era consciente de la complejidad del problema incluso en el caso de los animales. Sin duda, hay colores y sonidos que tocan fibras sensibles y parecen atraer espontáneamente a todos los miembros de una especie. Sea como fuere, al lado de esas respuestas elementales, hasta en animales muy inferiores a nosotros encontramos dentro de la misma especie diferencias en los hábitos alimenticios, en preferencias sexuales, en la expresión y en el modo de cobijarse, que se contraen en vida y se adaptan a un grupo y medio concretos, y que, con el paso del tiempo, incluso pueden acabar dando lugar a instintos y hasta a especies diferentes. Puesto que la especie humana procede del mono y está emparentada con los demás mamíferos, los mismos razonamientos serán aplicados a ella. Al respecto, en el apartado «Influencia de la belleza en los matrimonios humanos» de *El origen del hombre* afirmará:

Los sentidos del hombre y de los animales inferiores parecen estar constituidos de modo que los colores brillantes y ciertas formas, así como los sonidos armoniosos y rítmicos, causan placer y se llaman bellos, pero sin saber nosotros por qué. Con seguridad se sabe que no es cierto que exista en el espíritu humano un criterio universal de belleza [*universal standard of beauty*] para el cuerpo humano.²⁸

No sólo las jirafas de Lamarck acabaron teniendo el cuello largo gracias a su pertinaz interés por las hojas de los árboles.²⁹ De hecho, «es casi seguro que las diferentes razas debieron modificarse en diversos sentidos al tener cada una su propio tipo de belleza [*standard of beauty*]».³⁰ Si el patrón del gusto heredado fuese tan fijo y universal como a veces se plantea, es probable que esa evolución no se diese. El margen de maniobra cultural puede explicar en parte las mutaciones de los gustos, las costumbres, las modas y, con el tiempo, el físico de grupos concretos.

26. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 278 y 307.

27. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 279 y 282.

28. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 489-490.

29. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 248.

30. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 491.

Por desgracia, la anécdota que cuenta Darwin de la tribu que a base de expulsar a las concubinas feas durante generaciones acabó convirtiéndose en la más bella de África Oriental,³¹ sería utilizada para promover políticas demográficas absolutamente deplorables. Tratándose de uno de los capítulos más conocidos de la historia reciente, creo que no hace falta que me refiera al nazismo. Al margen de las locuras de los regímenes totalitarios, lo que me interesa ahora es reconocer que dicha anécdota también sirve para entender la importancia que el inglés le dio a las costumbres y a los valores frente a los instintos y a las determinaciones genéticas. La relación entre los unos y los otros es una pescadilla que se muerde la cola. De hecho, por momentos y en relación con las cuestiones estéticas, parece que Darwin llegó a pensar que resultaba mucho más importante la cultura y la costumbre que el instinto. Por si cabe alguna duda sobre su postura al respecto, un último comentario:

El sentido de la belleza depende evidentemente de la naturaleza del espíritu, con independencia de toda cualidad real en el objeto admirado, y *la idea de lo que es hermoso ni es innata ni inalterable*. Vemos esto, por ejemplo, en los hombres de razas diferentes, que admiran un tipo enteramente distinto de belleza en sus mujeres.³²

Pronunciadas en aquellos años para cortar por lo sano con los defensores de la teología natural, estas frases siguen siendo útiles para cuestionar los dogmatismos estéticos de la «Psicología Evolucionista» actual. A pesar de todo, a pesar de leer a Darwin, el mundo contemporáneo ha visto nacer y desarrollarse toda una escuela obsesionada por reducir el sentido de la belleza y el instinto artístico humanos a patrones comunes o de especie, y por descalificar el arte que se escape de pautas elementales de conducta y respuesta a sonidos, colores, rostros y paisajes. De hecho, tal gesto pone precisamente en entredicho la creatividad humana, todo aquello que distingue el quehacer de nuestra especie y que ha dinamizado nuestra existencia gracias al arte y a la mirada. Reducir el instinto artístico a códigos fijos olvidando su relación con el juego —lo que los ingleses en tiempos de Darwin llamaron *play-instinct*—, es, sencillamente, reduccionista. Por cierto, de esto último, de jugar, Duchamp supo mucho.

Sin duda, hay mucho «instinto» tanto en los seres humanos como en los demás animales. Afortunadamente, dada su proximidad con las demás capacidades cognitivas, éste no consiste ni se limita a una serie de patrones fijos o determinados genéticamente, sino que se mueve entre la costumbre mutable y el impulso heredado, entre lo «reflexionante» y lo determinado. Digo afortunadamente, porque, de no haber sido así, nuestra especie o se habría mantenido inmóvil en la sabana africana o habría desaparecido hace siglos al tiempo que desaparecía el contexto original que la vio nacer. Los cuerpos mutan, las orejas mutan, los huesos mutan, incluso los instintos mutan... Al lado de esto, ¿puede alguien pensar que algo tan etéreo como el gusto no muta? Darwin *dixit*: «La idea de lo que es hermoso ni es innata ni inalterable».

31. DARWIN, Ch. ([1871] 2001). *El origen del hombre*, op. cit., p. 492.

32. DARWIN, Ch. ([1859/1872] 2009). *El origen de las especies*, op. cit., p. 231. La cursiva es mía.